

Carlos González Sosa

LA
VENGANZA
DE VAN DER DOES



PRÓLOGO

LEIDEN –HOLANDA–, UNA NOCHE DE INVIERNO
DE 1562

Las gotas de lluvia golpeaban el adoquinado con violencia. El cielo parecía querer venirse abajo. Los relámpagos resquebrajaban la inmensa bóveda oscura, como dagas, iluminando por momentos las calles anegadas de la urbe.

Los cascos de los caballos que arrastraban el carruaje del médico resonaban contra las paredes empapadas, y las ruedas se abrían camino en el agua.

La carreta se detuvo frente a una lujosa mansión de ladrillo con techos altos y escalonados.

La lluvia, que parecía arreciar aún más, formaba un gran estrépito.

Bajo el dintel de la fastuosa puerta principal, un hombre con ropas de excelente manufactura esperaba sin moverse, con gesto adusto.

Quien sí se movió fue un sirviente, que corrió con un paraguas a proteger de la lluvia al doctor, el cual se bajaba en aquellos momentos del carruaje con un pequeño maletín.

El médico se apresuró hacia la vivienda, haciendo correr nuevamente al sirviente, y el hombre que esperaba en la puerta lo invitó a entrar.

—Pasa, doctor.

—¿Cómo está? —preguntó este, mientras se quitaba la capa y se la entregaba al criado.

Desde el fondo de la vivienda, escaleras arriba, se oían los gritos desgarradores de una mujer.

—Se ha complicado. Es por eso por lo que te he hecho llamar. La matrona no consigue sacarlo.

—¿Y tu mujer, Jacob, cómo se encuentra? —inquirió, subiendo la escalinata.

—No lo sé. Supongo que cansada —contestó el hombre con desidia, como si eso poco le importara.

El doctor frunció los labios. Aquellos nobles acaudalados jamás entenderían lo que suponía un parto. Había visto a demasiadas mujeres morir al dar a luz, con los rostros desencajados por el dolor, y una tristeza insondable en sus miradas al saber que no verían crecer a sus bebés. En aquel momento se preguntó por qué le unía tanta amistad a aquel hombre tan rudo.

—Ella es lo más importante —Al ver el gesto contrariado de Jacob, añadió—: si ella muere, tu vástago difícilmente sobrevivirá.

Y con aquellas palabras flotando aún en el aire, inspiró hondo, antes de tocar a la puerta. Una sirvienta abrió la hoja de madera con la desesperación cincelada en la expresión de sus ojos.

—¡Gracias al Todopoderoso! —exclamó, apartándose para que el médico entrase.

Jacob quedó fuera, tras la puerta cerrada. Las comisuras de sus labios se arqueaban hacia el suelo, ocultando tal vez su preocupación. Un nuevo sirviente se acercó poco después con una bandeja en la que traía algún tipo de licor, y el hombre lo aceptó con desdén, bebiéndoselo de un trago.

Los relámpagos de aquella noche seguían azotando el cielo, iluminando el mundo por momentos, y la lluvia se había vuelto aún más violenta tras los últimos truenos, acallando casi los gritos de aquella habitación. ¿O quizás ya habían cesado?

En aquellos momentos, el llanto de un bebé reinó por encima de cualquier otro sonido. Jacob permaneció quieto, mirando la puerta, incapaz de acercarse, hasta que esta se abrió, y una mujer asomó bajo el dintel, loca de júbilo.

—¡Señor, vuestro hijo ha nacido! —dijo, mezclando las lágrimas de alegría con el sudor.

El hombre entró a la habitación con cierta parsimonia, manteniendo siempre la compostura.

El doctor, que terminaba de meter sus instrumentos en el maletín, lo miró de reojo. Jacob se había quedado unos instantes en el centro de la habitación, contemplando la cama manchada de sangre. Luego se acercó, con la misma lentitud, sin mutar aquel semblante de mármol, y tomó al niño que su mujer le tendía casi con temor.

El doctor no perdía detalle. Entonces, lo que vio lo hizo estremecer: Jacob miró al bebé, manteniéndolo separado de su cuerpo. Su rictus no había cambiado lo más mínimo. El pequeño se movió en sus brazos, como si estuviese incómodo, y Jacob, lentamente, lo pegó a su pecho. El bebé pareció esbozar algo parecido a una mueca de complacencia y se acurrucó contra él. Y en aquel momento los labios de Jacob comenzaron a temblar. Sus ojos se llenaron de lágrimas, embotronando la imagen del niño, y una sonrisa afloró a su rostro. De pronto rompió a llorar.

Todos en la habitación lo miraban. Su esposa también comenzó a llorar, mientras reía de felicidad, y el doctor no pudo evitar asentir, satisfecho.

La mirada de Jacob iba de su mujer a su hijo y de su hijo a su mujer, y su mohín de rudeza se había derrumbado al fin, conquistado por una sonrisa de pura alegría.

Dio unos pasos hasta el camastro y se arrodilló junto a su esposa. Tras entregarle al pequeño para que buscara sus pechos, le acarició el cabello, que se le pegaba al semblante por el sudor.

—Este es tu hijo, esposo mío —le dijo su mujer, con un hilo de voz, debido al cansancio—. Pieter. Pieter Van der Does, hijo de Jacob Van der Does.

El hombre se hinchó de orgullo y levantó la mirada hacia el doctor, su amigo.

—Pieter Van de Does... Algún día se convertirá en un gran hombre. Algún día llevará el apellido de nuestra casa a lo más alto, y su nombre estará entre los más ilustres de nuestra nación libre —Recomponiendo su rostro severo, volvió a repetir, con un torrente de voz llena de orgullo—: Pieter Van der Does.

Un nuevo relámpago restalló fuera, iluminando la habitación como si fuera de día.

1

LA DECISIÓN

Pieter cruzó con pasos firmes aquella sucesión interminable de pasillos y puertas, siguiendo a dos de los guardias de palacio. Rebosaba entusiasmo, pero no dejaba que aflorase a su semblante. Había aprendido mucho de su progenitor.

Treinta y siete años habían pasado desde aquella noche de relámpagos en la que su madre a punto había estado de desfallecer por el agotamiento y el dolor. Quizás, si así hubiera sido, él no habría visto aquel hermoso día en el que, sin duda, algo grande lo esperaba, como su padre había pronosticado entonces.

Su vida adulta había sido un continuo cúmulo de éxitos, de títulos que engrandecían más y más su apellido. Jacob se había sentido orgulloso mientras vivió.

Con tan solo veinticuatro años, se había convertido en superintendente de la flota holandesa que participaría poco después en la derrota de la legendaria Armada

Invencible. También había tomado parte en la batalla de Geertruidenberg, en la que había resultado herido. Un año más tarde lo nombrarían alguacil de la junta de aguas de Rijnland y adquiriría, además, uno de los más altos cargos de Leiden. Pero ese mismo año también sería nombrado vicealmirante de la parte oeste de Holanda, y poco después llegaría a maestro general de artillería. Por sus servicios a los Estados Holandeses y Friesland Oeste consiguió los feudos de Vriesekoop y Rijnsaterwoude, además de nuevos títulos que lo colmaron de orgullo. Luego llegarían los títulos de vicealmirante del almirantazgo de Mazo y del vicealmirantazgo de Amsterdam.

Y ahora, según los rumores que le habían llegado, le ofrecerían algo que superaba todo cuanto hasta ese momento había logrado.

Por mucho.

Lástima que su padre no siguiera vivo para ver su vertiginosa carrera política y militar. Se sentiría orgulloso de él.

—¡Almirante! —lo llamó respetuosamente uno de los guardias, sacándolo de sus pensamientos. Había abierto la puerta y esperaba a que entrase en la sala.

Van der Does se planchó los ropajes con las manos antes de entrar.

El momento había llegado.

Dentro esperan numerosas personalidades que discutían entre sí acaloradamente. Al ver entrar al almirante, relajaron sus semblantes y aparcaron la discusión para otro momento.

—¡Pieter Van der Does, el gran hombre!

Van der Does sonrió y se acercó a quien lo elogiaba con tanta libertad.

—Solo soy un humilde servidor de nuestros amados Estados Generales de los Países Bajos —contestó, antes de saludarlo afectuosamente y seguir con el resto de los presentes.

—Pieter —comenzó el hombre que lo había enaltecido, tras los saludos y alguna presentación—, supongo que a estas alturas, y con tantos rumores que corren por ahí fuera, ya sabrás por qué estás aquí.

Van der Does apretó las mandíbulas, tratando de no sonreír. Sí, por supuesto que lo sabía. Y por eso el corazón parecía querer salirse del pecho.

—Algo... Algo he oído.

—Almirante —Esta vez era un hombre mayor quien tomaba la palabra—, no os vamos a engañar: algunos de los presentes no están de acuerdo con los planes que estamos a punto de revelaros —Miró a su

alrededor antes de continuar—. Algunos tememos que la reacción de los españoles sea...

—¿Que descarguen su ira sobre nosotros? —lo cortó otro de los allí reunidos—. ¡¿Más aún?! Os recuerdo que llevamos más de treinta años de batallas para ganar lo que hemos ganado. Treinta largos años en los que han muerto muchos de los nuestros. Treinta años en los que esa maldita Inquisición suya ha quemado a grandes hombres y mujeres de nuestra patria ¡por el mero hecho de no ser católicos! ¡Vivos! Y esos perros españoles no se cansan. Aun hoy siguen considerándose soberanos de nuestras tierras.

—La muerte de su rey puede que ayude a cambiar las cosas —aventuró otro, aunque poco convencido.

—¡Las cosas las tenemos que cambiar nosotros! —protestó el mismo hombre que había saludado tan afectuosamente a Van der Does, mientras señalaba a una pared donde colgaba un cuadro de Guillermo de Orange, el mayor caudillo que habían tenido en su lucha contra España. Aquel príncipe había muerto asesinado por Balthasar Gerard, un francés católico partidario del rey español, Felipe II. Pero peor suerte que el príncipe había corrido el propio asesino, al que habían logrado dar caza. Fue torturado antes del juicio, y condenado a una muerte agónica: su carne sería

arrancada de su cuerpo por cuatro partes, antes de ser descuartizado vivo y quemado—. ¡Nosotros hemos de cambiarlas! Jamás nadie pensó que un grupo de rebeldes pudiera poner en jaque al gran imperio español. Nadie imaginó que, unidos, les pudiésemos hacer frente durante tantos años. Recordad una cosa: no somos católicos, somos protestantes, de corazón, de espíritu. Y eso nunca, ¿me oís?, nunca lo conseguirán cambiar.

Uno de los eclesiásticos que había en la sala asintió con severidad.

Van der Does permanecía en silencio, aunque su pecho se henchía de orgullo a medida que oía hablar a su amigo. Por fin, este se dirigió a él.

—Y por eso es por lo que te hemos hecho llamar, mi querido Pieter —En la sala quedaron suspendidas aquellas palabras durante unos instantes. Entonces, con un gesto de la mano, cedió la palabra a quien parecía ser la persona con más autoridad en aquel lugar—. Oldenbarnevelt.

Oldenbarnevelt era un hombre que superaba ya los cincuenta años, y había formado parte de todo el entramado de la resistencia. Su barba, poco espesa, se pintaba de gris.

—El gran imperio español está debilitándose —comenzó el alto cargo—. Tiene... demasiados frentes

abiertos. La guerra contra nuestras fuerzas se ha prolongado durante demasiados años, y atesoran muchas derrotas; al igual que nosotros. Por otro lado, Inglaterra les ha supuesto mucho desgaste, y Francia... Desde el desastre de la Armada, los cargamentos de oro que traen de ultramar están constantemente amenazados. Sí, su imperio tiene los días contados —Miró en aquel momento a Van der Does directamente a los ojos antes de concluir—: Y nosotros vamos a asegurarnos de que así sea —Se puso entonces en pie y comenzó a pasearse por la sala con las manos cruzadas a la espalda—. El rey Felipe prohibió el comercio con nosotros a las demás provincias de los Países Bajos. También en España se ha prohibido expresamente que mercadeen con nosotros, con las provincias rebeldes, hundiendo nuestra economía, una de las más florecientes del continente. Y, ¿qué hemos hecho nosotros?: crear una gran flota para buscar comercio en otras costas. Hace poco más de un año que el rey español prohibió a nuestras provincias la compra de sal de Portugal. Y ¿qué hicimos nosotros? Fortalecer esa flota para buscar sal en ultramar, de donde ellos traen sus tesoros —Entonces afló la mirada—. Como bien dice nuestro buen compañero, su maldita Inquisición ha quemado vivos a muchos de nuestros hermanos. Su avaricia, sus impuestos abusivos han llevado a nuestro pueblo a la miseria. Así que ¿sabéis qué haremos nosotros? Les

pagaremos con la misma moneda. Ojo por ojo y diente... por diente. Arrasaremos sus puertos más importantes, sus centros de comercio. Sembraremos el caos y el miedo a su alrededor. Haremos que comerciar con España sea demasiado... arriesgado.

Oldenbarnevelt miró unos instantes por la ventana hacia los inmensos jardines que rodeaban el recinto y luego volvió a su sitio.

Van der Does era un manojo de nervios, y nadie le comunicaba más que datos que ya conocía de sobra.

Por fin, Oldenbarnevelt volvió a tomar la palabra, acallando las voces de apoyo que habían surgido a su alrededor.

—Almirante Pieter Van der Does, esta asamblea ha decidido poner en vuestras expertas manos una flota de setenta y cuatro buques de guerra... —Dejó que los números flotasen alborotados en la mente del convocado—. Tendréis a vuestro servicio nueve mil hombres —Van der Does abrió los ojos como soles. Había oído rumores y sabía que formaría parte de una flota, pero no esperaba semejante oferta—. Se formarán tres escuadras. Una de ellas la dirigirá el almirante Jan Gerbrantsz —le informó, señalando al aludido, que se encontraba en la sala. Este sonrió al almirante—. La otra, la dirigirá el vicealmirante Cornelis Geleyntsz van Vlissingen, que llegará mañana. Vos dirigiréis la tercera

escuadra, a bordo del *Orangieboom*, y tendréis el mando de la totalidad de la flota —En aquel momento se acercó a la mesa de mármol que presidía la sala y tomó una pequeña vara para señalar varios puntos del mapa que había desplegado allí—. Os estaréis preguntando cuál es vuestra misión —aseguró el astuto político, esbozando una sonrisa torcida—. Os daremos patente de corso para hacer tanto daño a nuestro enemigo como podáis. Atacaréis sus puertos principales —comenzó, señalando algunos en el mapa, mientras Van der Does escuchaba atentamente—, quemaréis sus ciudades costeras y abordaréis cualquier barco que enarbole la bandera española. Cortad las comunicaciones entre España y sus territorios de ultramar. Apoderaos de sus cargamentos de oro, destruid sus naves y haced lo que queráis con los prisioneros que capturéis. No necesito deciros los poderes que os brinda la patente de corso. A partir de hoy sois un corsario.

Pieter sacudió lentamente la cabeza. Por supuesto que sabía lo que aquello significaba. Sus hombres tendrían pleno poder para abordar, para matar, para quemar, para esclavizar a todo al que atrapasen en sus cacerías. Sí, podría dar rienda suelta al salvajismo innato de muchos de ellos. ¡Que tiemble España! Pagarían con creces todo el daño que habían hecho. Holanda y Zelanda, las dos provincias rebeldes, se sentirían orgullosas de él, sin duda.

—¿Cuándo partiré? —preguntó el afamado almirante.

—Asumo que eso significa que aceptáis la misión —aventuró Oldenbarnevelt.

—No lo habréis dudado, ¿verdad, señor? —Van der Does se había sacudido de encima la sorpresa inicial, y retomaba su conocida confianza en sí mismo—. Soy un servidor de mi patria.

—No esperaba menos de ti, Pieter —irrumpió esta vez su amigo, poniéndose en pie—. Quedan por definir algunas... cuestiones menores, pero podemos asegurarte que será muy pronto.

Van der Does desvió una vez más la mirada hacia quien dirigiría una de sus escuadras y este había tornado su semblante serio.

Aquella misión no era ninguna broma.

Mientras, Oldenbarnevelt vertía vino en una pequeña hilera de copas que habían preparado para la ocasión. Un vino que uno de sus barcos mercantes había traído poco tiempo atrás desde unas islas situadas más allá de las Columnas de Hércules y que pertenecían a España...

—¡Por los Estados Generales! ¡Por la República! ¡Por unos Países Bajos libres! —bramó, tras repartir las copas.

Carlos González Sosa

—¡Por los Estados Generales! —brindaron todos los presentes, alzando sus copas—. ¡Por la libertad!